



BERNARDO ATXAGA

Días de Nevada

Fecha de publicación: 9 de abril de 2014

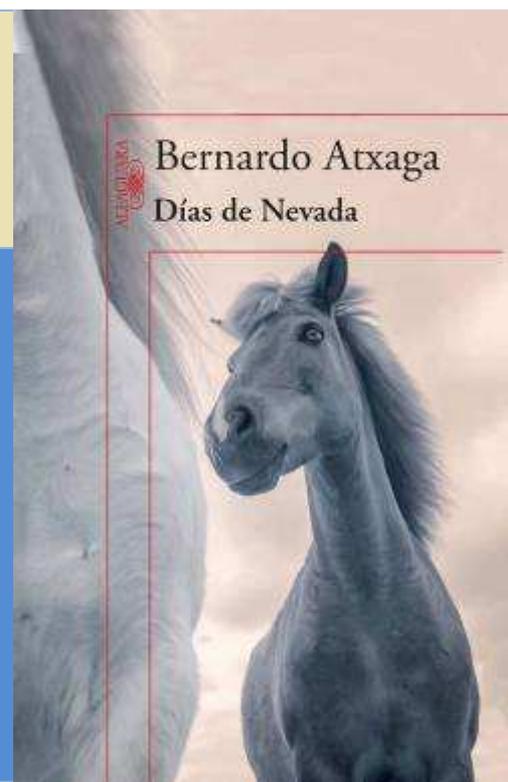
Páginas: 408 páginas

Precio: 19,50 euros

Ebook: 9,99 euros

VUELVE ATXAGA

UN TEXTO TAN SINGULAR COMO
OBABAKOAK Y TAN PERSONAL COMO
EL HIJO DEL ACORDEONISTA



EL AUTOR



Bernardo Atxaga (Asteasu, Gipuzkoa, 1951) es uno de los creadores de mayor hondura y originalidad en el panorama literario contemporáneo. Licenciado en Ciencias Económicas, desempeñó varios oficios hasta que, a comienzos de los ochenta, consagró su quehacer a la literatura. La brillantez de su tarea fue justamente reconocida cuando su libro *Obabakoak* (1989)

recibió el Premio Euskadi, el Premio de la Crítica, el Prix Millepages y el Premio Nacional de Narrativa. La novela ha sido llevada al cine con el título *Obaba*. A *Obabakoak* le siguieron novelas como *El hombre solo* (1994), que obtuvo el Premio Nacional de la Crítica de narrativa en euskera, *Dos hermanos* (1995), *Esos cielos* (1996), *El hijo del acordeonista* (2004, Premio Grinzane Cavour, Premio Mondello, Times Literary Supplement Translation Prize y Premio de la Crítica 2003 en su edición en euskera) y *Siete casas en Francia* (2009, finalista en el Independent Foreign Fiction Prize 2012, finalista en el Oxford Weidenfeld Translation Prize 2012 e incluida por la revista Publisher's Weekly en la lista de los mejores libros de ficción publicados en Estados Unidos el año 2012. También es autor de libros de poesía como *Poemas & Híbridos*, cuya versión italiana obtuvo el Premio Cesare Pavese en 2003. Su obra ha sido traducida a treinta y dos lenguas. Es miembro de la Academia de la Lengua Vasca.

LA OBRA

Una historia construida con 140 fragmentos en los que las escenas cotidianas se mezclan con los sueños, los recuerdos y las reflexiones.

Entre agosto de 2007 y junio de 2008, el narrador de esta historia vivió en Reno. El Centro de Estudios Vascos (CBS) de la Universidad de Nevada le nombró *visiting writer*: No tenía ni que dar clases ni que investigar, sólo se esperaba de él que escribiera. En ese tiempo, surgió *Días de Nevada*, un libro mestizo e incalificable que recoge esa experiencia y ese tiempo. En él conviven distintos géneros y registros, desde el más cotidiano hasta el más onírico y sorprendente, al filtrarse sus sueños en el texto.

Cuenta Atxaga que llegó a escribir 180 relatos o fragmentos distintos y que corrigió y seleccionó hasta quedarse con los que aparecen en *Días de Nevada*. Son 140 piezas por las que desfilan personajes de todo tipo: la familia del narrador, los amigos que conoce en Reno, un campeón vasco de boxeo que entrenó y peleó en Nevada en la primera mitad del siglo XX, un aventurero desaparecido en el desierto cuando intentaba batir un nuevo récord mundial, Obama y Hillary Clinton peleando por hacerse con la candidatura del Partido Demócrata a las elecciones presidenciales, un primo autista del narrador muerto en la juventud, su primer amor o un amigo enfermo al que escribe para contarle cómo es su vida en Nevada.

Atxaga retoma una estructura similar a la de *Obabakoak* pero esta vez para hablar de una realidad muy distinta. Su mirada se fija en lo más inmediato y su universo narrativo se expande con imágenes del desierto, de las consecuencias de la guerra de Irak o de una cena de Acción de Gracias. Un nuevo mundo se despliega ante el lector, pero la memoria sigue ahí y establece sus propias conexiones. Los caballos salvajes americanos remiten a un caballo electrocutado cuando el narrador era niño o las leyendas en torno a un lago le devuelven el recuerdo de dos amigos suyos de la infancia. De esta forma, el pasado y el País Vasco no quedan atrás ni se olvidan. Al revés: se funden con la nueva realidad.

El paisaje –fundamental como siempre en la obra de Atxaga– es esta vez el de Nevada. La naturaleza resulta con demasiada frecuencia inabarcable y amenazadora. Las arañas venenosas se cuelan en las casas y los osos en el campus. El desierto o las cordillera de Sierra Nevada, que la familia atraviesa camino de San Francisco, se encargarán de recordarnos la fragilidad del ser humano.

Por supuesto, hace falta mucho talento para manejar tal cantidad de elementos y de piezas. Mucho más para construir con ellas un libro que atrape al lector y mantenga su interés, que le arrastre y le lleve de una página a la siguiente, o de un fragmento a otro con la mayor naturalidad. Atxaga una vez más lo consigue. Con *Días de Nevada* su universo narrativo se enriquece. Hace suyo el desierto y modifica la mirada del lector. Consigue que ya nunca

más vuelva a ver de la misma manera ese territorio inhóspito, Estados Unidos y la obra del propio Atxaga.

ALGUNAS HISTORIAS DE DÍAS DE NEVADA

Éste es un libro de fragmentos que se superponen y que bien podrían funcionar por sí mismos, de relatos y escenas que se suceden. Estas son algunas de las historias que contiene:

Primera excursión al desierto:

“—¿Quieres dar una vuelta por el desierto? Yo te lo enseñaría con mucho gusto —dijo.

La invitación me cogió por sorpresa, y acepté sin pensármelo dos veces.

—Estupendo. ¿Te parece bien mañana por la mañana? Es martes.

Volví a decir que sí.”

Bob Earle es el vecino de la familia y quien se va encargar de descubrirle al narrador el desierto. Lo conoce bien, ya que desde niño acudía a él para cazar serpientes. La sensación de vacío va a dar paso rápidamente a otras cosas. Primero, aparecerán las montañas trapezoidales. Después, los juníperos, un lagarto, una furgoneta abandonada, un pueblo fantasma...

El paso de Paulino Uzcudun por Nevada

“El libro de Guy Clifton también incluía fotografías: Dempsey y Willard peleando en el ring, el combate entre Dempsey y Carpentier delante de miles de personas, Dempsey con su madre, Dempsey con un hipopótamo en un circo que visitó Reno en 1931... Sorpresa: en una de las imágenes aparecía Paulino Uzcudun. (...)

Mi padre había nacido a pocos kilómetros de la casa de Uzcudun y contaba muchas cosas sobre él, ninguna de ellas buena. El personaje me interesaba.”

El boxeador vasco, un mito en los años 20 y 30 del pasado siglo, ha acompañado a Atxaga desde su infancia y en una librería de Reno el narrador se encontró con él. Un libro recordaba su paso por Nevada, sus entrenamientos allí y sus combates en distintas

ciudades de Estados Unidos. A partir de esas fotos y en varios fragmentos, se reconstruye la historia de este hombre y de su familia, que pasó de un pequeño pueblo de Guipúzcoa a estrella mundial del boxeo. Pero detrás de su éxito, de su riqueza y de su inmensa popularidad se escondían episodios muy siniestros y un rechazo cada vez mayor por parte de quienes le habían conocido en sus inicios.

Los mítines Obama y Hillary Clinton

“—Va a ser presidente de los Estados Unidos —dijo la camarera mostrándonos la hoja a Ángela y a mí.
Habíamos oído que un político de raza negra iba a disputar a Hillary Clinton el liderazgo del Partido Demócrata, pero era la primera vez que veíamos una foto de Barack Obama.
—Id a escucharle, os lo aconsejo —nos dijo la joven.”

El primer mitin de Obama al que asiste el narrador es en un casino. Acuden a él 500 o 600 personas a las que se les permite hacer preguntas y el candidato se muestra especialmente amable con una anciana india. El público sale feliz y algunos bromean con la matrícula del coche del escritor, en la que se puede leer Obaba, muy parecido a Obama. Tres meses después, el segundo mitin será muy distinto: lleno de medidas de seguridad y con la mujer del candidato, Michelle, en primer plano. Algo ha cambiado en la lucha por la presidencia del país. El encuentro con Hillary Clinton lo seguirá el narrador desde un lugar privilegiado: el escenario. Desde ahí verá cómo una de las asistentes se desmaya y la reacción de la ex primera dama. El episodio servirá también para evocar un viaje del escritor con su madre a Italia. ¿Vio el narrador cómo Hillary perdía el conocimiento ante el David de Miguel Ángel? Él juraría que sí...

Una cena de Acción de Gracias que remite a las comidas de San Juan

“Los hilos de mi cabeza alcanzaron de nuevo la capa de los recuerdos de cuarenta años antes, y volví a ver la mesa del restaurante de mis tíos adornada para la comida del día de San Juan.”

El olor de los pimientos rojos caramelizados y un pequeño aspirador para limpiar las migas del pan trasladarán al escritor desde la casa de sus amigos en Reno, donde celebra la cena de Acción de Gracias, hasta el restaurante donde sus tíos organizaban la comida del día de San Juan. Le vendrá, sobre todo, un año a la memoria: el último en el que estuvo presente su primo autista José Francisco.

Secuestro de Brianna Denison

“Nevó en Reno durante los tres días siguientes al secuestro, el 20, el 21 y el 22 de enero. Cada copo que caía era como una palabra, siempre la misma, la que más se oía en todas partes: «*Rape! Rape! Rape!*». «¡Violación! ¡Violación! ¡Violación!» (...) Me preguntaba, además, sobre la forma en que nos defenderíamos si el criminal nos atacaba de noche, y decidí guardar debajo de la cama un palo de esquí que encontré en el sótano.”

Primero se produce un intento de violación en un aparcamiento de la universidad. Después, otro, y finalmente desaparece, a pocos metros del hogar del narrador, Brianna Denison, una universitaria de 19 años.

CITAS

«Salimos a dar nuestro primer paseo nocturno y caminamos cien metros por College Drive hasta llegar a la parte alta de Virginia Street. Desde allí se divisaba toda la ciudad: una trama de luces blancas y acristaladas de la que sobresalían los casinos iluminados de rojo, verde o fucsia. A lo lejos, las luces se iban espaciando y parecían, al final, salpicaduras. Más allá, la oscuridad plena, el desierto.»

«Izaskun y Sara regresaron de la escuela hablando de los simulacros que habían practicado aquel día con objeto de prepararse para posibles situaciones de riesgo.

—Si la bocina suena ocho veces, señal de que hay fuego —explicaron—. En ese caso, debemos ponernos en fila y caminar con tranquilidad hasta la zona del patio que nos corresponde. Cada clase tiene marcado un sitio.

Pensamos que aquello era todo. No era así.

—Si en el patio aparecen osos, tenemos que apagar las luces y meternos debajo de los pupitres. Lo mismo en el caso de que un francotirador empiece a dispararnos. Hay que apagar las luces y esconderse bajo el pupitre.»

«Si enviaban al desierto a un hombre que acababa de llegar a América, el *shock* era tremendo. Recuerdo lo que aquello fue para mí. Tendría unos dieciséis años, y me enviaron al desierto con un perro y tres mil ovejas. Me despertaba por la mañana y a mi alrededor solo veía piedras, matas de artemisa y unos cuantos juníperos raquíuticos. Los vascos estábamos acostumbrados a vivir solos, pero aquellos desiertos eran otra cosa. En los primeros meses, ¡cuántas veces no lloraría yo en mi camastro, acordándome de mi casa y del verde País Vasco!»

«En verano, el sol te quemaba los pulmones, y todos los días recibíamos algún susto a cuenta de las serpientes de cascabel y de los escorpiones. En invierno, las grandes nevadas nos dejaban calados, y pasábamos el día y la noche mojados y muertos de frío.»

«Los primeros meses temías enloquecer. Luego, de repente, la cabeza le daba la vuelta y te acostumbrabas. Te resultaba indiferente no ver a nadie nunca más.»

«Hacia 1980, estando en una cafetería de la «calle del oro» de Nueva York, el camarero me tomó por latino y se dirigió a mí en español: «¿Cómo pueden ser ellos tan ricos y nosotros tan pobres? ¿Cómo puede consentirlo Dios?». Se le empañaron los ojos. Estaba tan abatido que no le importaba mostrar aquel signo de debilidad ante un desconocido. La cafetería era pequeña, pero muy lujosa. Su uniforme, elegante: chaqueta y pajarita granates, camisa blanca. Él mismo, un hombre de rasgos agraciados, con el pelo negro y rizado. Le pregunté por el sueldo. «Esta gente no paga nada», respondió. «Tienen el corazón de piedra. Son chacales.» Sus palabras no rompieron ningún escaparate de la «calle del oro»; ni siquiera alcanzaron el techo del local. Solo tuvieron efecto en mí. Después de aquel día, me fue imposible viajar por Estados Unidos sin ver, en todos los rostros sufrientes, el de aquel camarero explotado.»

«La carretera se adentró en una hondonada y vimos, en un cercado, un centenar largo de caballos. Había un grupo grande junto al abrevadero, pero la mayoría estaban solos, esparcidos por el terreno.

—Creo que son salvajes —dijo Ángela, respondiendo a una pregunta de las niñas. Detuvo el coche en el arcén para poder mirar mejor.

La mayoría de los caballos estaban inmóviles como estatuas, y en completo silencio. Era extraño: más de cien caballos en el cercado y ni un solo relincho.

Ángela volvió a arrancar el coche y enfilamos la carretera. Desde los asientos traseros, las niñas siguieron con sus preguntas. ¿Qué hacían allí los caballos? ¿Eran realmente salvajes? Tenían en la mente los mustang, los caballos de mirada audaz que aparecían en los cómics o en las películas surcando el desierto al galope en medio de una nube de polvo.

—Esperan a que alguien los adopte —explicó Ángela—. Leí el otro día en el periódico que algunos caballos no son capaces de salir adelante por sí solos y necesitan ayuda.»

ENTREVISTA AL AUTOR

«ES IMPORTANTE JUGAR CON LA MEMORIA. ES EL PRIMER FILTRO. LO QUE ELLA OLVIDA, BIEN OLVIDADO ESTÁ.»

Esta entrevista puede ser reproducida total o parcialmente.

Pregunta. ¿Quién es el protagonista de *Días de Nevada*?, ¿cuánto hay de usted en el narrador y cuánto de lo que cuenta sobre la vida de él en Nevada le ocurrió a Bernardo Atxaga?

Respuesta. Piense en los dibujos primitivos de las cuevas. Quienes los hacían aprovechaban las grietas o los abombamientos de la pared de piedra para crear sus figuras. Si el abombamiento les recordaba el vientre de un caballo, pues dibujaban un caballo. En la literatura es igual. Siempre hay una base, algo previo a la escritura. Conan Doyle creó el personaje de Sherlock Holmes a partir de una persona concreta, el profesor de fisiología Joseph Bell. En el caso concreto de *Días de Nevada*, una de las bases soy yo mismo. A veces el narrador se aleja poco de la persona, como cuando cuenta el funeral de un soldado muerto en Irak. Pero también hay veces en las que se aleja. En el texto del caballo electrocutado, por ejemplo. Por eso tiene forma de cuento, y no de crónica.

P. ¿Y de los recuerdos del personaje, tanto los de infancia como los de la muerte de su padre y su madre?, ¿cuáles son suyos y cuáles imaginados?

R. Me gustaría darle una explicación general del libro. En él hay dos itinerarios. El primero discurre por el paisaje exterior, es decir, por Nevada, por el Lejano Oeste; el segundo, por el paisaje interior, por lo que se podría llamar mi mundo psíquico. En el libro, ambos itinerarios se mezclan. Desde las primeras páginas, además. Un helicóptero se posa en la terraza del St Mary's Hospital de Reno, y lo cuento. Pero, gracias a la memoria, ese hospital me lleva a otro, a un hospital de San Sebastián, y también cuento ese recuerdo.

De todas maneras, da igual que el recuerdo sea más o menos fidedigno, más o menos imaginado. Lo que cuenta es el resultado, el texto, y el papel que juega en el texto general, en el libro.

P. En el libro incluye el secuestro de la joven Brianna Denison, que ocurrió a pocos metros de su casa.

R. El libro tiene un centro, un núcleo poético que asume ciertos temas y olvida otros. Uno de los temas asumidos, aceptados, es el del monstruo, el de la irrupción del monstruo en la vida cotidiana. Por eso cuento la historia de la película de King Kong, y la reacción de una de las niñas ante la muerte del simio. Ocurre luego que en el caso de Brianna Denison también hay un raptor, un King Kong. Por eso está en el libro. No solo porque el rapto se produjera en mi vecindad.

P. **¿Cómo fue el proceso de escritura?, ¿empezó allí como una especie de diario, mientras escribía *Siete casas en Francia*?**

R. Sí, empecé a tomar notas mientras escribía *Siete casas en Francia*. Pero, sobre todo, llené mi memoria. Igual que se llena un depósito de agua. Es importante jugar con la memoria. Es el primer filtro. Lo que ella olvida, bien olvidado está.

P. **¿Y cómo fue el proceso de selección? Al final se quedó con sólo 140 fragmentos de los 180 que escribió, ¿en qué se basó para hacer esta “poda”?, ¿cuál fue el criterio?**

R. Aparte de que lo que he dicho antes, la necesidad de que todos los textos correspondan a un centro poético y ayuden a la unidad, está la cuestión del ritmo. El ritmo es fundamental. Es, quizás, lo más importante. En los textos, en la vida, en todo. Por eso he quitado muchas piezas. En la primera versión hablaba, a modo de cronista, sin distancia, de todo lo que rodeó a la elección de los candidatos del Partido Demócrata en Nevada. Contaba lo que vi en los caucus, el programa de candidatos como Denis Kucinich, y más cosas. Pero, al final, solo dejé los textos dedicados a Barack Obama y a Hillary Clinton. Con el corte, el libro ganó ritmo.

P. **Esta vez ha traducido junto a su mujer y habitual traductora, Asun Garikano, el libro al castellano. ¿Por qué este cambio?, ¿por qué ha querido involucrarse en este trabajo?**

R. Asun Garikano, traductora de Stevenson o de Faulkner al euskera, ha sido siempre de enorme ayuda para mí. Traducir del euskera al castellano es algo tremendo. Son lenguas muy dispares, no solo desde el punto de vista gramatical. Por suerte para mí, ella cargaba con el peso de la traducción. Esta vez, hemos trabajado juntos, de forma más equilibrada. Si le soy sincero, yo tenía mucho miedo, y el día que me puse a traducir tuve la sensación de que ni sabía euskera ni sabía español. Pero a los diez o doce días, me acostumbré al trabajo y de allí en adelante todo fue bastante agradable.

P. **Sorprende la relación entre Nevada y el País Vasco: hay un Centro de Estudios Vascos, muchos pastores emigraron desde Euskadi en el pasado, también está la historia de Uzcudun... ¿De dónde viene este vínculo?**

R. Asun Garikano ha escrito dos libros sobre el tema, *Far Westeko Euskal Herria* (El País Vasco del Lejano Oeste) y *Kaliforniakoak* (Los de California). La relación entre Nevada, Idaho y California con el País Vasco ha sido muy fuerte desde los siglos XVI y XVII. Basta mirar en el listín telefónico. O en los cementerios. Están llenos de nombres vascos.

Pero, aparte de esa circunstancia, el *Far West* es un paisaje interior para casi todo el mundo. Por las películas, sobre todo. Por los libros, también. Cuando yo estaba en el servicio militar los soldados leían las novelitas del oeste de Marcial Lafuente Estefanía. ¿Quién no tiene en su mente una imagen de los cowboys o de los indios?

P. **El desierto parece haberle dejado una impresión muy profunda.**

R. Mi primer libro de poemas, publicado hace más de treinta años, se tituló *Etiopia*. Tenía un único paisaje: el desierto. No sé por qué me atrae tanto, pero ha sido así desde mi niñez. Creo que mi afición a los paisajes de Castilla tiene su base en esa atracción. Me gustan los paisajes abiertos. No los paisajes cerrados, los que en Extremadura llaman óbrigos.

P. En *Días de Nevada* la naturaleza aparece muchas veces como algo amenazador e inquietante: está el desierto pero también el viaje a través de Sierra Nevada, las arañas que hay en la casa, los osos en el campus universitario... ¿Se debe al paisaje salvaje de Estados Unidos o hay algo más profundo detrás?

R. En un pasaje del libro, cuando se narra el viaje en coche de Reno a San Francisco, se dice que en Nevada los desiertos y las montañas proclaman orgullosamente su poder: “Somos seres violentos. No estamos a vuestra merced, sois vosotros los que estáis a la nuestra”. Creo que es verdad. Allí no hay bromas. Ni con el frío, ni con el sol, ni con los animales. Pero, claro, hay algo más. El miedo no es solo el mayor creador literario. Es el primer motor. Todo lo que ocurre, tanto en el plano individual como el público, tiene que ver con el personaje que Gonzalo de Berceo, utilizando una palabra vasca, llamaba “Don Beldur”, es decir, “Don Miedo”.

P. La contradicción o el debate entre el afán de justicia y la compasión hacia el criminal recorre todo el libro y reaparece una y otra, ¿por qué?, ¿de dónde surge esta preocupación?

R. Efectivamente, el tema forma parte del núcleo del libro. En el libro se plantea con la pregunta: ¿Qué debe hacer la ciudad con King Kong? Históricamente, desde la época de las tragedias, la pregunta era otra, era fundamentalmente política, y giraba en torno a la legitimidad del poder: ¿Merecía Antígona un castigo por no cumplir la ley de ciudad? ¿Hacía bien en oponer la ley de la sangre, de la familia, a la ley de la ciudad, del Estado? Pero el mundo es ahora más desequilibrado e injusto que nunca, la desigualdad es cada vez más grande, y en el futuro va a haber muchas acciones violentas que solo muy forzosamente podrán considerarse políticas. Serán acciones desesperadas, irracionales, monstruosas. A nivel local y a nivel mundial. No será Antígona el elemento discordante, sino King Kong. Es entonces cuando se planteará con fuerza el tema que yo he querido exponer en el libro, qué relación debe haber entre compasión y justicia.

LA CRÍTICA HA DICHO

Días de Nevada

«No voy a ponerme a ensalzar aquí la prodigiosa capacidad de fabular que tiene el autor, porque es de sobra conocida. Pero en este libro, además de ese fabular que desata la imaginación, hay otra cosa que ha despertado mi interés, quizás porque no es tan habitual en la literatura de Atxaga: la capacidad para contar lo cotidiano.

(...) La narración nunca pierde fuerza, gracias a la destreza del autor para exponer los hechos y para describir personajes y lugares.

(...) Me he quedado atrapado en esa mirada transparente que describe el mundo con asombro, como si lo viera por primera vez, y también, sobre todo, por la destreza con que ha puesto en palabras lo que vio.»

JAVIER ROJO, *El Correo*, suplemento cultural *Territorios*

Siete casas en Francia

«Soberbio, tanto si se mira desde la intensidad creciente de una historia que ahonda cada vez más en la tiniebla, como si se mira como un lenguaje que nutre atmósferas, en que el lector está viviendo durante unas horas y en las que resulta atrapado. Hay que ser muy escritor para atreverse a tanto, y lograr una obra tan buena.»

JOSÉ MARÍA POZUELO YVANCOS, *ABC de las artes y las letras*

«Atxaga no escribe para un editor, ni para ganar un premio, ni mucho menos para enriquecerse. Escribe en libertad, sólo para sí mismo, y por esto cada libro debería ser celebrado como el gran acontecimiento que es.»

ERNEST FOLCH, *El Periódico de Catalunya*

«Lo cierto es que la novela de Atxaga es mucho más que una mera crónica de la época colonialista. (...) Atxaga no desdeña ese contexto, pero su relato se concentra en corrupciones más íntimas, en desapariciones más personales y profundas, en desasosiegos más cercanos al espíritu de Camus que al del autor de *Lord Jim*.»

ALBERTO MANGUEL, *Babelia - El País*

El hijo del acordeonista

«Son muchas cosas las que se propone contarnos el autor, tantas que en otras manos podrían haber sido demasiadas. Sin embargo, Atxaga posee una escritura fluida y amena. La novela te atrapa y te invita a compartir, con imaginación, la experiencia del narrador. (...) El libro tiene la hondura y la amplitud de un clásico.»

ALLAN MASSIE, *The Scotsman*

«Al concluir la novela, apenas conscientes como lectores del sutil proceso que ha tenido lugar, nos sentimos afines a los ritmos olvidados de la vida rural vasca, y somos capaces de entender un mundo sobre el que se sustentaron tanto las tradiciones comunales como la barbarie de Guernica.»

DAVID FLUSFEDER, *Telegraph.co.uk*

«Al igual que Josef Skvorecky y Milan Kundera, Bernardo Atxaga sobresale a la hora de trazar los rituales del paso a la madurez recortados contra la implacable, y a menudo mendaz, historia. (...) Hay ecos de Petronio, Ovidio y Marcial. (...) La destreza de Atxaga para entretener temas y evocar gentes y lugares convierte este libro no en un adorno de la vida, sino en una celebración de su riqueza.»

TOM DEVESON, *The Sunday Times*

El hombre solo

«*El hombre solo* es un libro maravilloso. Lo tiene todo. Presentada como un thriller criminal, la novela de Atxaga es mucho más que eso: una lectura rica, pausada y poética.»

The Independent

«Como novela de suspense, *El hombre solo* es excelente. Pero este libro ofrece mucho más de lo que cabe esperar del género. Atxaga, que conoce bien estas cosas, expresa la complejidad de la situación en el País Vasco.»

New Statesman

«Lenguaje seductor, sutil sensibilidad, una trama perfectamente engrasada...Todos estos elementos hacen de esta novela, cautivadora y casi perfecta en su desarrollo, un ejercicio ambicioso y arriesgado como pocos de los que tenemos oportunidad de abordar en los tiempos que corren.»

RAMÓN SÁNCHEZ LIZARRALDE, *El Mundo*

«Una estupenda novela, aconsejable para entender o al menos intentar vislumbrar sin victimismos ni demagogias una parte en sombras para muchos y, sobre todo, una parte muy importante de la historia reciente que nos atañe a todos por igual.»

MERCEDES MONMANY, *Diario 16*

Esos cielos

«*Esos cielos*, tan tensa y excitante como un thriller, es también una conmovedora reflexión acerca de los significados de la libertad.»

The Sunday Times

«El relato se desliza hacia una vigorosa denuncia de la opresión sobre el ser humano, se ejerza como se ejerza, y a una vindicación del derecho a la libertad de pensar y hacer. Un canto a la libertad individual en medio de un mundo implacablemente hostil.»

SANTOS SANZ VILLANUEVA, *El Mundo*

«Un estudio inusualmente convincente de un estado mental.»

The Irish Times

«Atxaga continúa su genial *El hombre solo* con la historia de Irene, y ésta es incluso mejor. Lean este libro.»

Time Out

Obabakoak

«El centro de lo más novedoso y excitante que ofrece la literatura europea de nuestros días. Hay humor, ironía, magia, misterio y un lenguaje poético magistral. Leerlo es un placer.»

Publishing News

«Su enorme variedad y su mezcla única de posibilidades genéricas lo apartan de casi todo dentro de la narrativa. Sus páginas recrean un mundo nuevo y fresco con una originalidad poco común en la literatura española contemporánea.»

The New York Times

«Los relatos engastados por el narrador son por sí solos pequeñas obras maestras. Hay humor y una ironía más mordaz que hiriente; un libro entretenido que nunca llega a ser superficial.»

The Times Literary Supplement

«Su narrativa conserva en todo momento la capacidad de sorprender y encantar.»

Il Manifesto